

Los viajes de la memoria

¡Libertad, libertad, libertad!

11 de junio de 1980. Su Majestad el rey de España, don Juan Carlos, me estrecha la mano. Sonríe abiertamente, sin que su sonrisa llegue a romper el protocolo, y mi imaginación me lleva a pensar que quiere significarme en silencio un afecto especial. El rey estrecha la mano de un cómico. El nieto del último rey de España estrecha la mano del hijo de la cómica. Estamos en un salón del Museo del Prado. Me hace Su Majestad entrega de un estuche que contiene la medalla de oro al Mérito en las Bellas Artes. Mi siempre caprichosa memoria me juega una trastada: en este instante, en esta solemne y para mí conmovedora ceremonia, me hace evocar el 14 de abril de 1931, día de la proclamación de la República, de la Segunda República. Cuando este rey aún no había nacido y yo tenía nueve años. Ahora, con casi sesenta, bajo del estrado y me siento en mi butaca. Sin apartar mi mirada del noble, entrañable y un poco desvalido rostro de Juan Carlos I, veo los radiantes colores de aquel día, escucho sus sonidos, sus voces populares, triunfales, alegres. «¡Viva la República!», grita el pueblo de Madrid con un único grito proferido por miles y miles de gargantas unánimes en aquella dorada mañana de primavera, la más alegre de su historia. No asocio lo que mi cabeza y mi corazón guardan de aquella explosión de esperanza con el romántico frenesí de *La libertad guiando al pueblo*, de Delacroix, ni mucho menos con la patética, armoniosa sobriedad de *El cuarto estado*, de Pellizza da Volpedo, sino con un cuadro muy posterior, de 1945: *Boogie-boogie de la victoria*, de Mondrian. Luminosos colores y colorines de farolillos de baile callejero, de barracas de verbena, de cartel de toros, eso quedó en mi retina. La detonante combinación de colores de la bandera republicana, el casi desagradable emparejamiento del morado con el amarillo, le iban bien a aquella fiesta gloriosa y chabacana, en la que la zafiedad, la charanga y la pandereta eran guiones deliberadamente izados para señalar los nuevos caminos a los atildados burgueses de buen gusto. Casaba bien aquel violento contraste de colores con las

disfónicas, desgañifadas voces que cantaban el *Himno de Riego* y proferían soeces insultos contra el rey, sus ministros y los curas.

Pero, si damos su parte a los ideales, de aquel día en adelante el gualda de la bandera ya no debía ser el amarillo del dinero, sino el del trigo; el rojo no debía ser el de la sangre derramada, sino el contenido en los labios. Así se cruzan y brincan en mi memoria los colores de aquella jubilosa mañana.

Tengo nueve años y setenta y uno mi abuela, que aparenta menos, y se conserva erguida, con porte señorial, del que siempre estuvo orgullosa. Bajamos la escalera del número 11 —luego lo cambiarían en 9— de la calle del General Álvarez de Castro, todo lo deprisa que sus reumáticas piernas le permiten. Llegamos al portal.

—¡Hala, a celebrarlo!

Los porteros, que conocen y comparten las ideas subversivas de esta campechana y castiza vecina, la saludan alegremente:

—¡Viva la República, doña Carola!

—¡Viva la República! —contesta ella.

—¿Adónde va usted con el chico?

—¡A donde hay que ir: a la Puerta del Sol!

En la misma ceremonia, el 11 de junio de 1980, se entrega también la recién creada medalla de oro al Mérito en las Bellas Artes a Luis Buñuel —representado por el doctor Barros—, a Tàpies, a Chillida, a Mariemma, al musicólogo Samuel Rubio, a Alfredo Kraus, a Nicanor Zabaleta, a Cristóbal Halffter... A todos va estrechando la mano y entregando el estuche el rey de España.

Por nuestra calle se veían ya algunos grupos sueltos que iban hacia el centro; pero al llegar a la glorieta de Quevedo, donde la calle de Bravo Murillo, que baja desde la popular barriada de Cuatro Caminos, enlaza con la calle de Fuencarral, era ya una verdadera multitud —unos a pie, muy pocos en coche y muchos en camionetas y tranvías— la que iba hacia la Puerta del Sol. Cantaban a voz en cuello el *Himno de Riego*, no con la letra auténtica, sino con la populachera:

*Si las monjas y frailes supieran
la paliza que les van a dar,
subirían al coro cantando:
¡Libertad, libertad, libertad!*

Coreaban también vulgares estribillos, alusivos al rey Alfonso XIII:

*¡No se ha ido,
que le hemos barrido!
¡No se ha marchao,
que le hemos echao!*

Mi abuela había visto en la calle la entrada de Amadeo de Saboya, afectuosamente acogido por los madrileños. Cuando entró en Madrid el rey italiano, al que el general Prim trajo a España para sentar en el trono a un rey constitucional que no fuera Borbón, la noche antes había caído sobre la Villa y Corte una copiosa nevada. Los tejados, las escasas aceras y las calzadas amanecieron blancos aquella fría mañana invernal. Pero ello no arredró a los madrileños, que no querían perderse el espectáculo, para tener algo que contar, y deseaban además mostrarse cordiales con su nuevo rey, al que aplaudieron a lo largo del recorrido si no con desbordado entusiasmo, al menos con simpatía y amabilidad. Le aplaudían por joven, por apuesto y por constitucional. Mi abuela le vio en la carrera de San Jerónimo, encaramada a una verja. La llevó desde Lavapiés su madre, el 2 de enero de 1871, cuando ella tenía once años, porque debían verse esos acontecimientos.

—Así tendrás cosas que contar a tus hijos y a tus nietos.

Por eso me llevaba ahora a mí a la Puerta del Sol el 14 de abril de 1931.

La más alegre mañana de abril

El día antes, al saberse que, como resultado de la derrota monárquica en las elecciones municipales, el rey se marchaba de España, empezaron a recorrer Madrid unos automóviles descapotados en los que grupos de activistas de los distintos partidos de la coalición vencedora, republicanos y socialistas, participaban la victoria a la gente agolpada en los balcones.

Comenzaron a aparecer algunas colgaduras con los colores de la República, y también banderas; pero en mayor número surgieron sobre las barandillas mantones de Manila, colchas, alfombras y tapetes de colores. Mi abuela recorrió toda la casa, abrió armarios y baúles, y encontró una especie de tapete de un tono granate, muy apagado, bastante discreto, y lo colgó en el balcón. Reía feliz, conmigo al lado. Uno de los automóviles descapotados, con un grupo de personas vociferantes, entre las que se veía a una mujer, nos informaba a todos los vecinos del triunfo de la República.

—¡El rey ha abdicado! ¡Se va de España!

Debían de ser, poco más o menos, las seis de la tarde, pues yo ya no estaba en el colegio, que terminaba a las cinco, pero aún no había anochecido. Al otro lado de la calle, en la acera de enfrente, sobre el cartel que anunciaba: «Colegio de Santa Teresa. Academia Domínguez», estaba don Alejandro, el director, con su mujer, la

guapísima y jovencísima maestra de párvulos. Nadie sabía aquella tarde que nos hallábamos en los prolegómenos de la Guerra Civil, y mi abuela se permitió saludar con una risa y un aleteo de manos al cariacontecido don Alejandro Domínguez, que era de derechas y conocía las ideas socialistas y más o menos revolucionarias de mi abuela. El director correspondió afablemente con una sonrisa y unos aplausos.

Al día siguiente mi abuela me vistió de domingo y me llevó a la Puerta del Sol. ¿Hicimos el recorrido a pie? Se tardaba más de media hora desde casa. Mucho para mi abuela, aquejada de reumatismo, aunque muy vigorosa. Quizás fuéramos en metro hasta la Plaza de Isabel II (días después, Plaza de la Ópera), pues sé que estuvimos allí. O hasta la estación de Gran Vía. Anduvimos por la calle de la Montera y ya llevaba yo puesto el gorro frigio de papel y enarbolaba la bandera republicana que mi abuela me había comprado. También compró una lámina con la alegoría de la República —la matrona abanderada y el león— y unos retratos de Galán y García Hernández en medallones. A mi abuela, la más vieja que se veía en aquella riada humana, la saludaban algunos con simpatía y cariño:

—¡Viva la República, abuela!

—¡Lo que hace falta es que la dejen vivir! —contestaba ella—, ¡Que no le pase lo que a la otra, a la primera!

Y sin perder su sonrisa, se le saltaban las lágrimas.

Mi impresión era que todos los habitantes de Madrid —500.000, había aprendido en el colegio, en un texto, como siempre, algo retrasado— se habían echado a la calle o estaban apiñados de brucos sobre las barandillas de los balcones, cantando, riendo, vitoreando, y también insultando a los perdedores. Faltaban muy pocos años para que me enterara de que aquel inmenso gentío no era todo el pueblo de Madrid, sino algo más de la mitad. Casi otra mitad estaba en el interior de las casas, de los palacios, aterrada o, por lo menos, entristecida o, los más audaces, pensando ya en cómo poner coto a todo aquello.

Por Montera, como nosotros, o por Carretas, Arenal, Mayor, Alcalá, San Jerónimo, la multitud confluía en la Puerta del Sol. Antes de que dieran las doce en el reloj de Gobernación ya no cabía allí nadie más.

Con aquel delirante entusiasmo no se celebraba solamente la llegada de la libertad —y utilizo «delirante» en todos los sentidos de la palabra—, sino la llegada de la felicidad para todos, del placer inabarcable y, ¿cómo no?, de la riqueza. Lo veía con claridad: aquella gente, los mayores, celebraban que a partir de aquel día ningún problema se quedaría sin solución, todos los deseos se verían satisfechos.

Documento cinematográfico

Si alguien quisiera hoy hacerse una idea exacta de lo que fue la exultante alegría del pueblo de Madrid en aquella fecha histórica, más que las referencias literarias le servirán las imágenes cinematográficas que se han conservado y que de manera reiterada se han ofrecido en películas y en documentales de televisión. Son más expresivas, más exactas y más conmovedoras, en su indudable objetividad, que cualquier descripción, aunque sea la de un testigo presencial tan limpio como un chico de nueve años.

Mucho después, en 1977, también yo utilicé trozos de aquellos documentales para la película *Mi hija Hildegart*, cuya acción se desarrollaba antes y después de la proclamación de la República, y quizás subyugado por la expresividad de las imágenes que tan fielmente mostraban el insólito entusiasmo del pueblo de Madrid en aquella enloquecida fiesta de la esperanza, utilicé más metros de los que el buen ritmo de la película requería, aunque no estoy muy seguro de ello. Pero un crítico de filiación fascista y amigo mío, el del diario *Pueblo*, Tomás García de la Puerta, me lo reprochó: «Se recrea demasiado el director en las imágenes documentales de la proclamación de la República, atendiendo más a la propaganda política que al interés del filme.» Quizás no le faltara razón, aunque fue el único en señalar este defecto en una película en la que tantos encontraron sus colegas, pero lo atribuyo a la emoción retrospectiva y nostálgica que en mí han despertado siempre esas imágenes. Que tienen otra ventaja considerable: en ellas no se oyen las imprecaciones groseras, los denuestos soeces que los que se creían definitivamente vencedores lanzaban contra los derrotados. Imprecaciones y denuestos que iban dirigidos a algunos generales, en particular a Primo de Rivera y a Berenguer, pero, la mayor parte de ellos, a Alfonso XIII, el abuelo de este rey, de este hombre amable, cordial, sencillo, que en un salón del Museo del Prado, durante un solemne acto oficial, cincuenta años después, había estrechado mi mano y me había hecho entrega de una honrosísima condecoración.

Todos entendíamos —en este «todos» intento abarcar a los cómicos— que aquella medalla entregada por el rey de España a propuesta del ministro de Cultura y por indicación del director general de Cine, Matías Vallés, no era exclusivamente un premio que se me concediera a mí para señalar mis méritos, sino que con su inclusión en el denominado Mérito en las Bellas Artes se intentaba remediar el desprecio que la Administración y buena parte de la sociedad administrada habían demostrado desde tiempo inmemorial a los actores. Unos cuantos actores y actrices fueron invitados al acto de la entrega para poner más de relieve este significado.

Y ellos así lo entendieron y manifestaron bien claramente su emoción. Para ellos, dentro de su pequeño mundo, aquella era una fecha señaladísima. Se suponía que de aquel día en adelante —por las razones que fuera— los cómicos pasaban a ser personas como las demás y que a los de mérito se les reconocería públicamente, como a los demás artistas.

Son muchos los cómicos que no sólo en tiempos remotos, sino en los actuales, no tienen demasiado interés en integrarse en la sociedad burguesa, aunque también son muchos los que lo están deseando. Pero no hay casi ninguno que no desee que sus méritos sean reconocidos. Y a ellos, que, por lo general, aspiran a representar el teatro de Shakespeare o el de nuestro Siglo de Oro o a ascender a las altas cimas de la tragedia griega, no les molesta que un rey les estreche la mano, aunque les guste la República tanto como a aquellos madrileños —podemos dejarlo en el sesenta por ciento— del 14 de abril de 1931, que montaron en las calles espontáneamente la gran verbena de la alegría y de la esperanza.

La sociedad de seguros

Al día siguiente se reanudaron las clases y en el colegio y en el barrio fue un día como otro cualquiera. Desde entonces hasta ahora siempre he considerado que lo más digno de resaltar de aquel curso fue la extraordinaria peripecia financiera del alumno Arturo Fernández (que nada tiene que ver con otro amigo y compañero, el popular actor del mismo nombre).

Mi amigo Arturo Fernández, el hijo del carpintero ebanista —un poco más adelante explicaré cómo nos conocimos y el porqué de nuestra amistad—, aunque era un año o dos mayor que yo, lo que ante mí le daba un gran prestigio, estaba en mi misma clase en el colegio de Santa Teresa, academia Domínguez. Tenía tres o cuatro hermanos varones y dos hermanas, todos mayores que él y, posiblemente, de una conversación familiar a la hora de la comida hogareña, en la que además estaban sus padres —mesa que a mí se me antojaba multitudinaria—, sacó una idea maravillosa. Siempre me ha parecido, en un muchacho de diez u once años, un rasgo genial: aplicar el sistema de seguros al colegio. Debo explicar esto debidamente y el lector ha de tener algo de paciencia para seguirme. En el colegio de Santa Teresa, como en muchos otros, estaba establecido un sistema de vales, que se recibían o se devolvían al profesor según la aplicación en el estudio, la manera más o menos acertada de responder a las preguntas, la puntualidad y la buena o

mala conducta durante las clases. Mi genial amigo y discípulo Arturo Fernández tuvo la luminosa idea de *asegurar* a los alumnos por medio de una cuota de vales semanal. De la misma manera, sin duda, que su padre había asegurado el taller o la casa, contra robo, incendio o cualquier eventualidad. Los alumnos que, mediante dichas cuotas, se inscribieran en la sociedad de Arturo, podían ya no saberse la lección, charlar unos con otros, llegar tarde, hacer «pellas» —así llamábamos en mis tiempos de primera enseñanza a los «novillos»—, alborotar, incluso gastarle chufas al profesor, pues Arturo —la *sociedad de seguros* fundada por Arturo— se encargaba de pagar el importe de la sanción impuesta. Me pasaba yo muchos ratos en el taller de la familia de Arturo, que estaba en el número 10 de Álvarez de Castro —el colegio estaba en el 16— y también daba muchos paseos con él, arriba y abajo de nuestra calle, enterándome de lo que era el mundo de los mayores, del que él lo sabía todo, a través de sus numerosos hermanos. Algunos días, los de invierno, Arturo subía a mi casa y remediaba mi soledad ayudándome a pintar de colores las láminas en blanco y negro de algún libro. En todos esos ratos de apasionante, ilustradora compañía, supe que la organización de seguros de mi amigo y discípulo era perfecta, y que si los propietarios de las compañías de seguros de verdad eran multimillonarios, él, por lógica y por matemática, acabaría siendo millonario en vales del colegio.

Pero alguna diferencia debía de haber entre los chicos del colegio y las personas mayores, entre el dinero y los vales, pues ocurrió algo inesperado —por lo menos, inesperado para Arturo—. Como consecuencia de su organización, de que él se encargara de pagar los vales cuando el profesor impusiera sanciones —que de no tener los vales habían de pagarse en tiempo de permanencia, de castigo, en el colegio después de la hora de salida—, se relajó la disciplina de la clase. Los primeros o primeras de la clase —el colegio era mixto— siguieron siendo los primeros y primeras, como los más seriecitos siguieron siendo los más seriecitos; pero los de las zonas intermedias, los que estudiaban no por deseos de saber sino por temor al castigo, a la regañina familiar, y los que por las mismas razones permanecían en las clases más o menos callados y modosos, se entregaron al libertinaje y a la vagancia, puesto que si eran pillados en falta sería el asegurador Arturo quien, bajo cuerda, les daría los vales suficientes con que cubrir el castigo impuesto por el profesor. En cuanto a los otros, los que no estaban en las zonas intermedias del estudio ni de la moral, los de las zonas bajas, los golfos y los malos, esos ya se desmadraron. Ni el profesor —esto fue en la etapa de don Secundino, que mientras nos daba clase preparaba oposiciones para ingresar en la policía—, ni el director,

don Alejandro Domínguez, podían comprender lo que ocurría en aquella clase, ni creo que llegaran nunca a saberlo. En cambio, el que tardó mucho en olvidarlo fue mi amigo Arturo Fernández, pues a los pocos días comprobó que se había equivocado en las cuentas y que la cantidad de vales que tenía que entregar a los revoltosos, perezosos, ineducados, libertarios alumnos era muy superior a la que él recaudaba con las cuotas semanales. Con los alumnos de elevados principios y aplicación pertinaz no había problema, pues ni siquiera habían ingresado en la sociedad de seguros, pero con los de la zona intermedia ya los había, pues reclamaban los vales a los que tenían derecho y de los que Arturo carecía, y los golfos y malos recurrieron a la acción directa, muy de moda en aquellos tiempos, y amenazaron a Arturo con partirle la boca a la salida del colegio si no les proporcionaba los vales necesarios que les evitaran quedarse encerrados una hora después de terminadas las clases.

El frustrado financiero —cuyo error quizás consistió simplemente en aplicar con adelantamiento una técnica económica que podría haberle conducido a la extremada riqueza algunos años después— se vio obligado a apoderarse provisionalmente de algunas herramientas del taller familiar, pues imaginación y recursos no le faltaban. Luego propició con su mal comportamiento que el profesor se viera obligado a castigarle. De esta manera consiguió quedarse en la clase una hora después de la salida. Debo explicar para la perfecta comprensión de este folletín que en el colegio de Santa Teresa, academia Domínguez, nadie se quedaba a vigilar a los alumnos durante la hora de castigo. Así, aquella hora Arturo pudo aprovecharla para, con las herramientas que se había proporcionado en el taller, abrir habilidosamente por la parte de atrás el cajón de la mesa del profesor y apoderarse de un montón de vales. Con ellos amortizó las deudas contraídas con los golfos, los malos y los medianos y se libró de una buena paliza y quizás de una denuncia. Pero consideró prudente no reanudar el negocio.

Dudas políticas

Por haberse marchado de nuestra casa mis primos, de mi misma edad y que vivieron con nosotros más de un año, o por haber pasado de la primera enseñanza al bachillerato, o por haberse proclamado la República o por haber empezado a contarse los años de mi edad con dos cifras en vez de con una, o por todas estas causas a un tiempo, el estilo de mi existencia y de mi entorno dio un cambio radical en aquel año 1931. Un elemento del que había carecido

mi vida entró en ella y pasó a ocupar una gran parte del ambiente en que me desenvolvía. Así como en años anteriores para mis primos y para algún otro niño que conociéramos, los nombres de los ministros de la Monarquía eran totalmente ignorados, y en casa ni la criada, ni las abuelas, ni mi madre ni los cómicos y cómicas que algunas veces se reunían con ella pronunciaban nunca los nombres de García Prieto, Antonio Maura, Ardanaz, García Reyes, de pronto los nombres de Indalecio Prieto, Largo Caballero, Alcalá Zamora, Azaña, Lleroux, Gil Robles estaban en todas las conversaciones. Los chicos nos enteramos de que en el otoño habría elecciones, de que aquellas elecciones serían para *Cortes constituyentes*.

Empecé a enterarme también, desde poco antes de abril del 31 hasta poco después, no sólo de que mi abuela era republicana, sino socialista, y de que mi madre era monárquica. Cuando se proclamó la República, mi madre estaba contratada en la compañía de Casimiro Ortas y hacía una turné por provincias. Muy poco después escribió a casa: «Con esto de la República, no viene ni un alma a los teatros.» El hecho era cierto, y mi abuela hubo de reconocerlo cuando poco después hablaron de ello, pero mi madre, al resaltarlo, manifestaba sus ideas, opuestas a las de la abuela, y la política entraba en nuestra casa iniciando la división de mi pensamiento. Empezaban a nacer mis dudas políticas.

Al proclamarse la República en abril, muy pronto llegaron las vacaciones. Me encontraba en el curso denominado *superior*. Tras él se abandonaban los estudios o era preciso presentarse al examen de *ingreso* para comenzar el bachillerato. La edad que se exigía eran diez años cumplidos. Como los cumplo el 28 de agosto, podía presentarme a los exámenes de septiembre. En vista de lo cual se decidió que don Francisco, uno de los profesores del colegio de Santa Teresa, me preparase para el ingreso durante el verano. En compensación por este estudio intensivo mi abuela decidió llevarme casi todas las noches al cine de verano, al aire libre. Había uno cerca de casa, en la calle de Fernández de los Ríos, pero le parecía, no sé por qué referencias, que aquel cine era demasiado golfo o demasiado pobre y me llevaba a otro que suponía más distinguido, en la calle de Luchana, donde hoy está el cine del mismo nombre. Aunque me perdí el veraneo, aquel fue para mí un feliz verano. No tenía que ir al colegio más que una hora por las mañanas. Era el único alumno y aprendía mucho más. Para ingreso sólo se pedían nociones de Historia de España, de Geografía, dictado y Aritmética hasta la regla de tres. El resto del día me lo pasaba jugando con los chicos en la calle calcinada por el sol, revoleándonos en la tierra, correteando por las calles cercanas. Por la mañana iba a una velocidad que me imaginaba semejante a la del rayo o, por lo menos, a la de un caballo de los

de las películas de «americanos», hasta el cine Luchana. Allí veía en la cartelera el anuncio de las películas que iban a «echar» por la noche y volvía a casa a la misma velocidad. Se lo decía a mi abuela y ella en casi todos los casos la aprobaba, aunque fuera una película muy para chicos, que también otros días me tragaba yo las de amor. A pesar de que estaba ya en auge el cine sonoro, en aquellos cines al aire libre, instalados en solares, proyectaban películas mudas. Aquellos veranos me sirvieron para ver películas que habían visto los chicos algo mayores que yo, pero no los de mi edad. Vi varias del Oeste; algunas de un *cowboy* muy famoso, pero al que yo no conocía: Fred Thompson. También las españolas *El crimen de anoche*, interpretada por el torero Nicanor Villalta; *Estudiantes y modistillas*, por La Romerito; *Alma de Dios*, por Juan Bonafé; *Boy* —sobre la novela del padre Coloma—, cuyo protagonista era Juan de Orduña, después famoso director; entre las americanas, *La hermana blanca*, una historia de amor con monja y explosión del Vesubio, de la que después se hizo una versión sonora. Aquel público escandaloso de chiquillos, criadas y menstruales no advertía la diferencia de calidad entre el cine español y el extranjero, que se evidenciaría años después. Pero mi abuela sí me hizo notar que los actores americanos eran mucho más sobrios que los españoles, a ella le gustaban más:

—No hacen tantas muecas, ni mueven tanto las manos. Son mucho más finos.

A la mañana siguiente, antes o después de ir a dar clase con don Francisco, contaba de cabo a rabo la película a un grupo de chicos del barrio, sentados a la puerta del garaje Carrizo —donde años después se instalaría el cine Voy, que ya ha desaparecido—. Este pequeño cine debió su curioso nombre a la prohibición por parte del triunfante régimen franquista de emplear palabras extranjeras para titular locales públicos, pues la intención de su primer empresario fue llamarle *Boy*, pero al impedírselo las autoridades, no se calentó más la cabeza y sustituyó la *be* por una *uve*. En mi mismo barrio, el cine Hollywood cambió su nombre por el de Apolo. Un poco más allá, el *Royalty* se tituló Colón. Los empresarios del cine Madrid París no se anduvieron con chiquitas y para no utilizar el nefando nombre de la capital de Francia, le dieron el de cine Imperial. Los dueños de una acreditada camisería tuvieron que demostrar que *Clars* no era una palabra extranjera, sino una sigla formada con los nombres de los socios que la habían establecido. La estupidez de los que se atreven a regir a los demás puede llegar a extremos incalculables.

Los chicos me escuchaban con muchísima atención y opinaban que contaba las películas muy bien, como si la estuvieran viendo. Tenía que levantarme para imitar el galopar de los caballos y reproducir la pelea final entre el malo y el bueno. No era un trabajo fácil,

pero me gustaba mucho. Luego, salvo un breve rato que me ocupaba la comida y un poquito de siesta, otra vez a la calle, a jugar al *rescatado* —policías y ladrones—, a *dola* —pídola—, al fútbol —ya empecé a descubrir mi torpeza— y a tragar tierra de las obras de la calle, que se nos metía por las perneras de los pantalones, por las mangas, la boca, la nariz, las orejas... Era un gozo.

Al anochecer, subía a casa para cenar pronto y echar a andar con mi abuela hacia el cine Luchana. Allí veíamos la película entre el griterío de la chiquillería. Mi abuela hacía una breve crítica de la película y otra del público, al que encontraba bastante mal educado, porque la desgracia de España era que había muy poca cultura, y nos volvíamos a casa.

Había sido un día como otro cualquiera, un día muy feliz.

Y llegaron los exámenes de ingreso. El profesor, don Francisco, me acompañó al instituto. Tuve que legalizar mi situación de ciudadano argentino al sacar la documentación necesaria para presentarme al examen oficial. Por primera vez fui al consulado. A espaldas mías, procurando que no lo oyese, mi abuela —mi madre seguía de turné con Casimiro Ortas— y el cónsul hablaron de algo. Ya sabía yo lo que era; pero así como los mayores tenían que procurar que no me enterara, tenía yo que procurar que creyesen que no me había enterado.

Me impuso mucho respeto el edificio del Instituto del Cardenal Cisneros. Y el respeto se transformó en temor al ver las enormes dimensiones del aula. También era grande la mesa del tribunal. Todo me pareció injustamente desproporcionado para lo que era yo y lo que había sido mi mundo hasta entonces.

Al leer el examinador que mi nacionalidad era argentina, me preguntó los nombres de los países y las capitales de Hispanoamérica, que me sabía de corrido. El dictado no recuerdo cuál fue, pero en ortografía iba bien preparado. Y el problema de regla de tres que me pusieron lo resolví sin dificultad. Mi nota fue «admitido», mi alegría muy grande y la de mi abuela desbordada, pues creyó que su nieto había realizado una proeza.

En el paraíso

Cuando me preparaba para el ingreso con don Francisco, cuando estudiaba en casa, cuando me sometía al examen en el atemorizador Instituto del Cardenal Cisneros, no suponía ni por asomo lo que me esperaba. El peor recuerdo de mi infancia y mi adolescencia es el bachillerato, la aridez de los libros de texto, el terror que